para lucirlo en Semana Santa. Pero me insistieron, no supe resistir, y, vestido de disanto como estaba, me fui a Tablada a torear. Estábamos en la faena de apartar el ganado, cuando advertimos que unas sombras sospechosas se aproximaban cautelosamente. Creímos que era la Guardia Civil, y a la voz de alarma salieron todos de estampía, cada cual por donde pudo. Yo no llegué a saltar la valla y me quedé agazapado a la expectativa. Los bultos aquellos siguieron avanzando y pronto advertí que no se trataba de los civiles.

—¿Quiénes sois? –pregunté.

—Somos aficionados –contestó una vocecilla atiplada.

Eran, efectivamente, unos chiquillos de diez a doce años que se habían lanzado temerariamente a la aventura de Tablada llevando un verdadero capote de torero. No era extraordinario. La leyenda de nuestras andanzas por la dehesa durante la noche corría ya por Triana y muchos aficionados se lanzaban a imitarnos. Se daba incluso el caso de que viniesen algunos admiradores a vernos torear, aunque la verdad era que allí en Tablada, tanto riesgo corrían los toreros como los espectadores, y a uno de estos le dio una vez un toro una cornada.

Encomendé a los muchachitos aquellos que fueran a decir a los de la pandilla que no había peligro, mientras yo trataba de encerrar a un toro que teníamos ya apartado y les dije además dónde teníamos escondidos los aparatos de carburo, para que, de camino, se los trajesen. Tardaron un buen rato en volver, y mientras tanto, yo conseguí encerrar al toro en la

placita, y allí lo tenía, correteando enfadado, en espera de que lo toreásemos. Volvieron diciendo que no habían encontrado a ninguno de la pandilla y que no daban con el escondite de los aparatos de carburo. Era una lástima, porque allí estaba el torete encabritándose y embistiendo contra los burladeros. Pero seguramente los de la pandilla se habían marchado, y, además, sin luces, era imposible torear en una noche tan oscura como aquella.

Allí estaba, sin embargo, el enemigo enfureciéndose en la espera, y, aunque apenas se apartaba del burladero, ya no lo veíamos, a mí me estaban entrando unas ganas irresistibles de torearlo. Tenía en las manos el capote que habían llevado los niños, y cada vez que desde el burladero le daba al toro un abanicazo sentía la arrancada codiciosa del animal. La ilusión que despertaba en mí el tener en las manos un verdadero capote de torero y la proximidad del toro fueron más fuertes que todas las consideraciones. Llegué a creerme que veía de veras, cuando no eran mis ojos, sino mi ansia de torear, lo que me hacía adivinar los movimientos del toro perdido en las sombras. No pude más. Salí del burladero y me abrí de capa ante la noche inmensa, pretendiendo perforarla con mis ojos torpes, que no descubrían al enemigo. Sentí su arrancada, lo vi o lo adiviné al venir hacia mí, y haciendo girar el cuerpo me pasé por la cintura aquella masa negra que salía de la noche, y a la noche se volvía ciegamente. Volvió a pasar junto a mi cuerpo, llevado por los vuelos del capotillo, aquel bólido que las sombras me arrojaban, pero,

③ 地に投げとばした。私は毛玉のように転がった。どこにいるのか。感覚がない。牛は見えない。闇が呑み込んだ。周囲で多くの人が騒いでいる。その声で Burlador のありかが察知できたので、そちらへ向かおうと動いた[redacted]が、動かないかのところへ、またもや、あの塊が、闇から投げ出て、またもや、私は宙に飛ぶ[illegible]のを感じた。

al tercer lance, el toro no vio el engaño o yo no vi al toro, y en un encontronazo terrible fui lanzado a lo alto. Me campaneó furiosamente en el testuz y luego me tiró al suelo con rabia. Allí

«Me campaneó furiosamente en el testuz y luego me tiró al suelo con rabia.»

② 三度目のパセ。牛が私の布をはぎとりました。なかったが、私が牛を見なかったから、出合がしらに出た。牛は私のことはさけた。方向く、方向く。頭で鐘を撞くように

① 真夜の闘牛。果てしない夜の闇に向けてカポーテを掲げる。暗闇に見失った牛を見つけようと、眼が闇を貫くが、見えない。照明の光及ばず。及ばない。の動きを[illegible]の白い柳のよう。と、突進[illegible]

135 闇の中から[illegible]びあがった黒い塊。再び闇に帰ってゆく。そして戻ってきた。体すれすれに通り過ぎる。カポーテにそめられて闇から放たれた黒い塊。黒い影。黒い塊。

私はんと[illegible]の体を[illegible]通った。腰のあたりを通った。影。黒い塊。

自分は向かって[illegible]。

«... TENÍA AMENAZADORAMENTE SOBRE MÍ LOS CUERNOS BLANCOS DE LA BESTIA.»

me quedé hecho un ovillo sin saber dónde estaba. No veía al toro. La noche se lo había tragado. Entonces sentí que los niños empezaban a llorar y calculé por el sonido de sus llantos dónde estaba el burladero. Procuré arrastrarme hacia él, pero apenas me había movido cuando se me vino encima otra vez aquella mole que se desgajaba de la noche, y volví a sentirme poderosamente suspendido, zamarreado y tirado al fin como un pingajo. Con la cara húmeda de sangre tibia, junto a los guijarros del corralillo, me quedé un rato escuchando a los niños que lloraban acongojados. Debía estar a dos o tres metros del burladero, pero más cerca, mucho más cerca, tenía amenazadoramente vigilantes sobre mí los cuernos blancos de la bestia. Aquellas dos curvas blanquecinas de los cuernos eran lo único que se destacaba netamente en el cuenco negro de la noche. Otra vez intenté escurrir el bulto, y otra vez vi cómo aquellos cuernos caían sobre mi cuerpo como un relámpago fulminado por el cielo. Ya entonces, al caer, fui a chocar contra las tablas del burladero, y con un desesperado esfuerzo me puse a cubierto. No me había matado el toro porque

no había llegado mi hora. Los muchachitos, aterrorizados, me recogieron y me tocaron la cara ensangrentada, preguntándome ansiosamente si estaba vivo todavía,

Me palpé. Apenas podía incorporarme. Tenía la cara desollada, el cuerpo magullado y el traje hecho trizas. ¡Mi trajecito de Semana Santa! ¡Qué iba a ser de mí! ¡Me entró un furor demo-

"... EMPECÉ A GOLPEARLE EN EL TESTUZ CON UNA SAÑA INCREÍBLE..."

níaco! ¡Mi trajecito de Semana Santa! Ciego de rabia y desesperación me desasí de las manos de los muchachitos que me consolaban, salí del burladero, me fui para el toro como un loco y empecé a golpearle en el testuz con una saña increíble, mientras le insultaba a grito herido. Ante aquella inusitada lluvia de puñetazos y patadas que le caía sobre el hocico, el pobre toro debió quedar sorprendidísimo. Seguramente no se explicaba cómo le ocurría aquello. La cosa debió parecerle tan extraordinaria que no aceptó la lucha en el terreno a que mi demencia la llevaba y empezó a recular prudentemente. «Esto no es razonable» –debió pensar para sus adentros–. Los niños daban entonces unos gritos espantosos.

Con un nudo en la garganta lo contaban luego en el Altozano.

子供たちは、感動的にこの場の出来事を
人々に語った。